

XII.

Solignac escucha

A Solignac no le costó ningún trabajo hacer aceptar á la señorita de la Rigaudie la misión de constituirse en protectora de Teresa. La señorita de la Rigaudie no era partidaria ni del imperio ni de la república, pero no la disgustaba que los jacobinos impenitentes hicieran la oposición al emperador. Además Riviere estaba proscrito, la que llevaba su nombre se hallaba en peligro, y esto era lo suficiente para que la solterona tomase el partido de Teresa Riviere.

Eso sin contar con que Solignac se lo rogaba, y el hermoso coronel era el favorito de la señorita de la Rigaudie.

—Traedme á esa pobre mujer—dijo enseguida.

Y habia acogido á Teresa con su amabilidad acostumbrada, con la cordialidad brusca y grñfona que era el rasgo distintivo de su carácter.

Cuando la mujer de Riviere estuvo instalada como una parienta, en una habitación algo ais-

lada del hotel, nadie hubiera sospechado que en casa de la señorita de la Rigaudie existía una persona á quien buscaba la policia del duque de Otranto.

El coronel estaba encantado de haber llevado á cabo, y con feliz éxito, su doble espedicion.

Riviere estaba libre y seguro y Teresa oculta; habia conseguido su objeto. Enrique de Solignac no tenia ya más que pensar un poco en sí mismo. Se habia entregado por completo al sentimiento que Andreina habia despertado en él. Aquella mujer seductora, con sus ojos que destilaban como un veneno de amor, sus movimientos de gitana, sus caricias pérfidas y sus provocaciones inquietantes, se habia apoderado, á los ménos por algun tiempo, del hermoso Solignac.

Amor-capricho más bien que amor-pasion; ¿pero con Andreina sabia nadie en donde podia detenerse la pasion? ¡Los efluvios de sus pupilas eran tan poderosos! ¡El sonido de su voz era tan musical y tan profundo!

Otro que no hubiese sido Solignac habria quedado cautivo, por toda la vida, de aquella mujer.

El coronel se habia dejado, felizmente, seducir, con la voluntad bien decidida de olvidar cuando le pareciera conveniente. La guerra le daba algun descanso, y amaba á Andreina como hubiese escogido á una linda joven para hacerla la corte durante una etapa entre dos batallas ó ante una corta guarnicion. Andreina lo comprendia, y se decia que, por mucho poder que tu-

viera sobre aquel hombre, podía muy bien escaparse y que, aun estando muy enamorado, era dueño absoluto de su destino.

—¿Sabeis lo que soy para vos?—le dijo un día.

—Sois, mi adorada Andreina, mi alegría y mi felicidad!

—¡No!... ¡Soy simplemente un pasatiempo para vuestros días desocupados, un capricho entre dos combates!

—¿Vos?

—¡Yo! ¡Oh! ¡no me hago ilusion ninguna!

—Os equivocais, Andreina. Mi amor es verdadero, y no he sentido por ninguna mujer ese ardor magnético que me atrae hacia vos!

—¡Eso es porque soy un poco más bonita que las demás! Pero vuestras palabras mismas me prueban que he adivinado. ¡Soy para vos lo que tantos otros han sido para mí: un juguete! ¡Es justo!

—¡Ah! ¡si supieseis—añadió—cuánto he hecho sufrir á esos suspirantes insoportables que me cansaban con sus protestas! ¡Y ese Ottavio! ¡un niño!

—¿Ottavio?

—¡Sí, el hombre que se mató por mí! ¡Por que pretendia que no le amaba! ¡Amarle? ¡Pasad, señores míos! ¡Harto hacemos con daros la punta de nuestros dedos, justo es que guardemos nuestro corazón! ¡Pues bien! Enrique, ahora pago todo cuanto he hecho sufrir á los demás. Te amo y tú no me amas.

—¿Qué estás diciendo? ¡Si te adoro, Andreina!

—En fin, eres mio, eso es lo cierto. Y me juras

que tu corazón me pertenece. ¡Un juramento tuyo, ya es algo! Pero mira, mi hermoso coronel, las mujeres como yo, somos monstruos de egoísmo y de indiferencia hasta el día en que encontramos un hombre como tú. Entonces á ese, al amo, le adoramos, y si él nos despide ó nos rechaza, morimos. ¡Amame siempre, Enrique!

—¿Estás loca? ¡Hablar tú de morir!

—¿Por qué no?

—Porque eres joven, hermosa, y el porvenir te sonríe.

—¿Qué importa el porvenir, la juventud y la belleza! ¿Me amas tú?

—¡Sí!

—Pues eso es lo que me da la vida... ¡Ah! si dejases de... Pero ¡bah! hay un proverbio en nuestro país, que dice, que si son rosas, florecerán: *¡Se sono rose, fioriranno!* ¡Ya veremos lo que nos guarda el día de mañana!

Solignac decia la verdad asegurando á Andreina que la amaba, pero no añadía que aquel cariño empezaba á pesarle. Desarrollado bruscamente, como una flor temprana bajo uno de esos soles que quemán más que calientan, aquel amor estaba formado para languidecer pronto y a jarse consumido.

Una sola cosa daba un sabor más vivo á aquellas relaciones, y era el peligro que el instinto ó el terror de Castoret hallaba en ellas. La perspectiva de un peligro añadía perfume al atractivo de la fruta prohibida.

Solignac no tenia gran fe en los fantasmas imaginados por Castoret y en las advertencias

de las cartas, pero, á fuerza de oírselas repetir al asistente, concluyó por aprenderlas de memoria y divertirse con ellas.

Al principio habia amado á Andreina por placer y por valentónada, pero luego ya se sonreía cuando Castoret, con sus eternos movimientos de cabeza, le reprochaba una temeridad que el limosin miraba como inútil.

—¿En dónde están los peligros, Castoret?— preguntaba Solignac.—¿Y en qué soy temerario?

—Una mujer morena, y del Mediodía.

—Sí, ya sé lo que vas á decirme; no hablemos más de eso, si te parece. ¡Esperemos el primer trueno para gritar que se acerca la tormenta!

Solignac no debia esperar mucho tiempo el trueno. La primera visita que hizo á Claudio Riviere le demostró que quizás los presentimientos de Castoret tuvieran algun fundamento. El coronel halló á Riviere absorto, pensativo y con el rostro más severo todavía que de costumbre. Aquella severidad parecia inquietud. Solignac no habria preguntado la causa si el comandante no hubiese abordado la más completa é íntima confianza.

Los dos amigos estaban bastante unidos y seguros uno de otro para que toda conversacion entre ellos fuese como una confesion.

Hubiérase dicho que Claudio tenia prisa de arrojar el peso que le oprimia el corazon, haciendo que su amigo participara de él.

—Solignac—dijo con cierta uncion melancólica,—en tiempos como los nuestros y con una

mision como la mia, nadie está seguro de ver amanecer el dia siguiente. ¡Puedo desaparecer en un combate; pueden matarme legalmente, y acabar de repente como todos los que han consagrado su vida á una idea!... Pues bien, yo moriría atormentado ante el pensamiento de dejar vivo, triunfante, feliz é infame, en el mundo, á un traidor á quien no habria podido castigar.

—¿Un traidor?

—Un Judas que me ha robado mi honor, que ha destruido en mi la más viva fé que criatura humana haya podido tener, que ha desunido á dos seres que se amaban... ¡por que ella me amaba!...

—¿Teresa?

—Sí, sí, esa desgraciada mujer que vino aquí trémula y suplicante á pedir de rodillas su perdón... ¡Ah! y he concedido ese perdón á la infornada criatura dominada por el recuerdo de su crimen y por su arrepentimiento, pero ¡é! ¡é! ¡si mi mano no pudiera castigarle, si mi espada no pudiera atravesarle el corazon, si yo muriera sabiendo que él vive, seria para mi un supremo, un espantoso sufrimiento!

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Solignac.—¿Y cómo se llama?

—Ya os he dicho que es un infame. Rostro que miente, pero que engaña y ojos que solo miran de soslayo. Un italiano vestido con nuestro uniforme militar.

—¿Un italiano?—dijo Solignac.

—¡Uno de los que conspiraban conmigo! ¿Y como no nos habrá ya delatado el que maneja

tan perfectamente la mentira y la traición?

—¿Su nombre?—repitió el coronel.

—¡Agostino Ciampi, marqués de Olona!

Solignac retrocedió al escuchar aquel nombre como si hubiese visto una vibora. ¡Ciampi! ¡Olona! No cabía duda alguna, era el hermano de Andreina. Aquel hombre que á primera vista le habia sido antipático, volvía á ponerse en su camino ó, por lo menos, Solignac hallaba la mano del italiano en una villanía.

El coronel dominó la emoción y la sorpresa que la revelación de Claudio Riviere acababa de causarle y no dejó adivinar al comandante que el nombre de Ciampi le era conocido.

Escuchó tranquilamente y esforzándose en contenerse el relato, sóbrio y profundo como la verdad, que Riviere le hacia de sus amargos dolores y de sus esperanzas de venganza. Luego, cuando el comandante le preguntó si podía contar con él para la venganza como para la libertad, el coronel le contestó sencillamente:

—Sí, por cierto.

—El día que yo me encuentre en la imposibilidad de castigar á ese hombre ¿sereis vos quien le hiera?

—Seré yo,—contestó Solignac.

Veía el coronel, como si lo tuviera todavía delante, al marqués de Olona, con su frente insolente, su mirada que no iba recta como una espada, sino que se deslizaba por sus pestañas como se desliza una serpiente, y, por un fenómeno extraño, en aquel momento, los temores quiméricos de Castoret parecían tomar cuerpo á

los ojos de Solignac y hasta la imagen de Andreina se transformaba, se hacia dudosa y extraña, con sonrisas enigmáticas y actitudes de gitana pérfida y temible.

Y Solignac, lejos de sentirlo, experimentaba cierta alegría ante aquella perspectiva. Respiraba con más ardor, como ante la proximidad de una tormenta, cuando los pulmones se hinchan de una atmósfera impregnada de azufre. La aventura de amor amenazaba complicarse con algo nuevo y temible y Solignac estaba encantado.

Despidióse de Riviere para ir á ponerse su uniforme de gala. El duque de Feltre recibía aquella noche y los jardines del ministerio estaban iluminados *á giorno*. Era una de esas fiestas de noche, bastante á la moda entónces y que, Fouché, en guerra con Clarke, que lo trataba de *Jacobino*, hacia lo posible por multiplicar, como las revistas, aun en aquel verano de 1809, para *ayudar al comercio*.

El hermoso coronel debia ser uno de los reyes de la fiesta. Rodeado y casi aclamado, oía elevarse un murmullo muy halagüeño á su alrededor cuando atravesaba la multitud, dispuesta á abrirle paso. Y todo se volvian miradas, sonrisas, movimientos de abanicos, murmullos furtivos; entre cuchicheos y alabanzas.

Solignac habia saludado al ministro y se dirigia, para tomar el fresco hácia el jardín, cuyo verdor estaba animado por infinidad de luces que prestaban al follage una frescura, un color y un brillo extraordinarios.

Junto á los salones, á la salida del pabellon que, á piso llano, daba á las iluminadas alamedas, se habian formado varios grupos, y sentados ó de pie, varios jóvenes á la moda rodeaban á una mujer encantadora reclinada en una silla, y que, mordiendo ligeramente su abanico ó jugando distraida con el guante de una de sus manos, escuchaba con una coquetería exenta de provocacion las palabras de los diez ó doce elegantes, con frac verde claro ó azul pálido, que formaban su pequeña corte.

Aquella mujer estaba tan verdaderamente linda con sus cabellos, de un rubio dorado, y su tez admirable, que Solignac se detuvo un momento para contemplarla en el primero de los tres peldaños que conducian de las habitaciones al jardin.

Sentada de aquel modo, aquella mujer, que podia tener unos veinte años, parecia más bien baja que alta; era delgada, esbelta, elegante y tenia unos movimientos de cabeza adorables. Sus hombros y los brazos, mal cubiertos por un chal color de rosa, eran soberbios; la piel fina, evidentemente suave y transparentándose lo azul de sus venas. Sus manos, de las cuales solo una llevaba guante, eran pequeñas, y sin ser gordas, tenian pequeños hoyitos. Su boca fresca y sonrosada, con los dientes blancos y algo puntiagudos, parecia formada para sonreir.

Lo que sobre todo era adorable en aquella mujer era la parte superior de su rostro: los ojos, las pestañas y las cejas negras contrastaban con sus cabellos rubios, cabellos de niña,

tan finos y sedosos que un simple mechon cogido del opulento moño y dividido en pequeños rizos, cubria la mayor parte de su frente, dando á aquella hermosa mujer, tan terrestre en conjunto por su animada belleza, como una especie de aureola dorada y luminosa.

Llevaba una *toilette* á la vez elegante y sencilla, pero que se adivinaba era de Leroy el *modisto* de la calle de Richelieu, el que proporcionaba dos modelos de todos los mantos de corte. Una peineta diadema, adornada con turquesas, retenia sus cabellos y dejaba escapar los ricitos que caian sobre la frente.

Aquella mujer diferia tan completamente de las heroínas del mundo oficial, entonces tan burdo, que Solignac adivinó á la primera ojeada que no era una de esas advenedizas de las cuales la pobre y buena mariscala Lefebvre pintó tan bien el tipo y que servian de diversion en teatros y caricaturas.

Evidentemente aquella linda mujer era de *raza*, una aristócrata verdadera.

Solignac la miraba, sin escuchar lo que decian á su alrededor, y sin embargo, en la conversacion de aquellos jóvenes, se trataba casualmente de él.

—Sí, condesa—decia uno de ellos—podria tomar, como la señora Gendot en el boulevard de los Italianos el titulo de *¡Protegido por las gracias!*

—Está bendito por los dioses—añadió un muchacho alto, de nariz larga, barba afeitada, patillas negras y regulares, cuello extrema-

damente elevado y sujeto por una alta corbata blanca. El frac á la francesa, dibujaba los omóplatos y la espalda del jóven mientras que, dentro de sus medias blancas que imponía la moda de los calzones cortos de ceremonia, sus pantorrillas no mostraban ninguna curva elegante, ninguna musculatura agradable; eran verdaderas *pantorrillas de gallo*, como dice una expresión popular francesa.

Aquel jóven elegante era un poeta, entonces muy á la moda en los salones; se llamaba Florival de Saint-Clair, dado de baja por cuestión de salud (debilidad de constitución, según la dura frase oficial) y que en un tiempo enteramente consagrado al culto de la fuerza y de los músculos, se contentaba por necesidad con sacrificarse á las musas y suspiraba al lado de las damas, para las cuales componía elegías y á las que tenía al corriente de las novelas nuevas.

El gran consumo de hombres que hacia el emperador permitía á Florival de Saint-Clair, no ser siempre un amante platónico. Eva, no pudiendo coger la presa, se contentaba con la sombra. Para algo es buena la guerra.

La deliciosa mujer á quien Solignac contemplaba, como se miraría un pájaro de gran precio en libertad, conteniendo el aliento por miedo de verle desaparecer, la rubia y aristocrática invitada del duque de Feltre, escuchaba á Florival con dulce y amable ironía.

El, por el contrario, la miraba con visible pasión tratando de espesar, con sus azules ojos, todo un mundo de amor.

—El amable sexo por el cual la mitad del mundo daría su vida—decía Saint-Clair,—suspira á menudo por ese hombre. ¿Y sabéis, condesa la noticia que Eco nos ha trasmitido?

—¿Qué noticia?

—Que esa morena y hermosa napolitana, cuyos hermosos ojos y profundas miradas tanto fuego han encendido á su alrededor....

—¿La señorita de Olona?

Solignac escuchó entonces, pues el nombre de Andreina le sacó de su contemplación.

—Sí—dijo Saint-Clair.—Justamente la señorita de Olona...

—¿Y bien?

—Pues bien, pretenden... aseguran que esa belleza insensible ha cedido ante tanto valor y que, parecida á la diosa seductora que recibe nuestros secretos deseos, esa Venus napolitana ha acogido favorablemente las protestas de ese otro Marte!

—¿De modo que el señor de Solignac?...

El coronel no oyó la contestación de Saint-Clair, pues cortó la conversación adelantándose hacia el grupo de los que hablaban, sin afectación, ni descontento, sino para mostrar que estaba allí.

El primero que le vió fué el poeta Florival. Púsose un dedo en los labios y, con un movimiento de ojos, imploró el silencio.

La repentina discreción de Saint-Clair no estaba exenta de alguna inquietud, pero se tranquilizó al ver que el coronel, caminando con una lentitud suficiente para detener la conversación,